

BUNGE, G.: *Evagre le Pontique et les deux Macaire, en: Irénikon 56 (1983), 215-228; 323-360.*

## I. Introducción

Evagrio se refirió más de una vez a la tradición monástica precedente para apoyar su propia doctrina. Es "padre" aquel que "posee el don del Espíritu y engendra a muchos a la virtud y al conocimiento de Dios" (Ep 52, cit. p. 216). Pero se ha discutido la sinceridad de Evagrio y su fidelidad a la enseñanza de los Padres, si se piensa que una doctrina tan elaborada y sabia, como la de Evagrio, no debía ser común en el desierto. "La cuestión subyacente es finalmente la del verdadero rostro del monacato primitivo, que Evagrio habría falseado con la pretensión de serle fiel" (p. 216). El artículo se propone aportar una contribución a la solución del problema, examinando la relación de Evagrio con dos de los Padres más ilustres. Evagrio estuvo en contacto con ambos Macario, pero no son éstos las únicas autoridades que cita. Entre los santos Padres menciona, junto a los dos Macario, a Antonio, Juan de Licópolis, Juan Colobos y Teodoro de Tahennisi. De estos hubo de conocer personalmente a Juan de Licópolis y tal vez a Juan Colobos. A esta lista de ascetas corresponde otra de grandes Doctores de la Iglesia, que son los garantes de la doctrina como los otros Padres ya nombrados lo son de la ascesis monástica: Gregorio de Nacianzo, Basilio, Atanasio, Serapión de Thmuis y Dídimo el ciego.

## II. ¿Macario el grande o Macario alejandrino?

¿Cómo distinguir entre ambos homónimos, ya que no siempre se agregan sus apodos? Evagrio, que los trató personalmente, ciertamente no los confundía. Procede el A. analizando los lugares en que son citados, para identificar al Padre del cual se habla. De todo ello surge que hay cuatro referencias a Macario el grande y seis a Macario alejandrino, padre espiritual del desierto de Escete el primero y presbítero de Kellia el segundo. Evagrio habla del gran Macario como de un "vaso de elección", con elogios superlativos. Debió conocerlo menos que a su homónimo, pero recibió de él una profunda y duradera impresión; lo consideró como su "maestro espiritual por excelencia, al que debía mucho y de quien hablaba siempre con un tono de profunda veneración y de gratitud. Esto nos parece tanto más digno de atención, cuanto que permaneció durante toda su vida en las Celdas (Kellia), y no se trasladó a Escete más que para algunas visitas" (p. 224). El papel que Macario el grande jugó en la vida de Evagrio es comparable al de Gregorio el teólogo, con quien estaba unido por el afecto recíproco. También a Gregorio lo llama Evagrio "vaso de elección". La vida de Evagrio se desarrolló entre Gregorio el justo "que me plantó", y los "santos Padres que ahora me riegan" (con sus enseñanzas, *Praktikos*, Epil., 7 sa.). "El cuadro de la gran síntesis que Evagrio intentó realizar en sus obras queda así delimitado. Los dos polos serán, de una parte, la teología de los Padres capadocios, ante todo Gregorio el teólogo, y su relectura de la teología de Orígenes, y por la otra, la experiencia de la vida ascética y espiritual que hará junto a los Padres del desierto, ante todo bajo la guía de Macario el grande" (p. 224-225). La

paternidad de Macario el grande para con Evagrio es bien conocida desde la antigüedad: la afirman Rufino, Sócrates, Génadió de Marsella. Es extraño el silencio de Paladio en la versión griega de la Historia Lausiaca, pero el texto largo, en copto, y la Vida copta de Evagrio no ignoran este hecho. La tradición copta ha sido más generosa que la griega en datos sobre Evagrio, y menciona a Macario el grande como su maestro, y también al alejandrino, junto a quien habitó.

### III. Evagrio y Macario alejandrino

Evagrio vivió hasta su muerte en 399 en la comunidad en la cual Macario ejercía la función sacerdotal. Lo menciona seis veces en sus obras, y todas las referencias son a la ascesis, ya sea a la abstinencia monástica, al combate contra los pensamientos o más particularmente a la lucha contra los demonios. Este Macario es el prototipo del asceta duro consigo mismo y también con los demás, original y muy libre, de genio un poco vagabundo, como que tenía varias celdas, incluso una en Escete. Viajó también hasta Tabennisi para hacer la experiencia cenobítica. Paladio lo conoció, porque vivió en Kellia, y además recibió información de sus discípulos directos; su noticia en la Historia Lausiaca, pues, merece ser seguida para una comparación entre el maestro Macario y el discípulo Evagrio. La versión copta de la obra paladiana conserva relatos sobre Evagrio que faltan en el griego, y serán tenidos en cuenta aquí. Llama la atención la semejanza hasta en los detalles entre la ascesis física de Macario y la de Evagrio. La doctrina ascética de este lo confirma. El rigor del ayuno tenía por finalidad vencer al demonio de la fornicación. Es así que Macario se abstenía de frutas y tomaba muy poco aceite, seguido en esto por Evagrio. Ambos decían cien oraciones diarias, y limitaban el sueño; cuando dormían, presumiblemente lo hacían sentados. En los dos se encuentran episodios de extrema dureza en la lucha contra las tentaciones impuras y el espíritu de blasfemia. En la doctrina de Evagrio la *antirrhexis* ocupa un lugar importante. Paladio nos muestra a Macario, ya centenario, contradiciendo al demonio, y otros casos semejantes. La *antirrhexis* era una práctica común de los monjes, en los Apotegmas y en el medio pacomiano. El célebre apotegma Macario el grande 3 presenta al tentador cargado con los diferentes venenos, según las tentaciones que desea suscitar. En N. 488 (el episodio es atribuido al alejandrino), como en la *Historia monachorum*, (versión de Rufino), 29. Resulta del relato que se creía en una acción inmediata del demonio sobre los miembros exteriores del cuerpo humano. Evagrio desarrolla esta idea en su *Antirretikos*, IV, y en la recensión larga del *De Maligni cogitationibus*, 33, analiza este fenómeno y remite a un testimonio de Macario alejandrino. A él le debe Evagrio la información sobre los fenómenos demoníacos. Pero también Evagrio cita los antecedentes de Antonio, cuya Vida escrita por Atanasio conocía muy bien.

### IV. Evagrio y Macario el grande

Macario el grande es una de las figuras mayores de las primeras generaciones monásticas; había conocido a Antonio. Se lo confundía a veces con su homónimo de Kellia, y bajo su nombre, en los Apotegmas, se conservan dichos que son en realidad del alejandrino. Esto es significativo, pues como era un personaje extraordinario se le atribuían incluso las acciones de otros. Paladio menciona su discernimiento. Dice también que vivía "maravillado", como iluminado por la contemplación. Por eso realizaba seguramente el modelo del *gnostikos*, como Gregorio Nacienceno, el

hombre completo, sumido en Dios. En efecto, Evagrio considera que Macario había alcanzado la *apatheia*, condición de la contemplación, como también Juan de Licópolis era un gnóstico genuino. La herencia de Macario ha sido la doctrina de la oración. Por ejemplo, en *Praktikos* 93 refiere un dicho de Macario que se encuentra en la serie alfabética de los Apotegmas (36): la cólera y el rencor impiden la oración. Este apotegma tiene, por otra parte, una interesante evolución, enriqueciéndose en su desarrollo con elementos de origen evagriano (p. 338-340). Otro aspecto importante es la vinculación entre oración-contemplación-gnosis y dulzura-humildad-caridad, que también pueden provenir de la enseñanza de Macario. La sustancia de otro apotegma suyo, 19, es también dada en *De Orat.*, 31, con una referencia en Macario a la oración *monologistós*, que estaría llamada a tan vasta difusión. Estas fórmulas de oración, como atestigua Casiano, eran una enseñanza corriente en Egipto. Pero junto con la repetición, se inculca la brevedad de la fórmula (cfr. *De Orat.*, 98). Macario debía ser un maestro de oración, vivía en un raptó continuo en Dios, según Paladio, y aunque no hablase en los términos de Evagrio conocía esta ciencia espiritual. La relativa escasez de noticias acerca de la oración estática y mística en los Apotegmas, se debe a su reserva y humildad. El mismo Evagrio es reservado al respecto. Un apotegma copto atribuye a Macario una respuesta a Evagrio (cit. p. 345) que refuerza aún más la orientación hacia la oración *monologistós*, agregando un nuevo elemento: la alabanza.

## V. Conclusiones: Evagrio Pónico y el monacato de su tiempo

El dicho del *De Orat.*, 60: "Si eres teólogo, orarás verdaderamente; si oras verdaderamente, eres teólogo", se aplica a ambos vasos de elección, Gregorio Nacianceno y Macario el grande. Respecto del segundo, ¿no hay una maniobra de Evagrio para atraerlo al campo doctrinal origenista? Las noticias sobre Evagrio que utilizamos proceden del círculo de sus amigos: Paladio, Rufino, Casiano. Los Apotegmas son muy sobrios, y más bien contrarios a Orígenes y los suyos. La verdadera imagen del monacato egipcio no puede prescindir de Evagrio, pues la doctrina de este, a pesar de la depuración realizada en los siglos sucesivos, se corresponde muy bien con la de los Apotegmas. Evagrio se formó junto al grupo de los principales origenistas, como los Hermanos Largos, en Nitria y Escete. Uno de los Hermanos, Amonio, era un hombre espiritual como pocos, y muy ilustrado. Se confirma con este discípulo de abba Pambo la pacífica coexistencia de los monjes cultos con los más simples. En semejante clima se comprende el surgimiento de esta espiritualidad "que une en una vida semianacorética el ideal de la caridad práctica con la contemplación, que caracterizaba al monacato de Kellia y de Escete": en frase de Casiano, se unían en algunas figuras excepcionales la *aktemosyné* del cenobita con la contemplación del anacoreta (p. 351). La reacción antiorigenista modificó la imagen que nos ofrecen los Apotegmas, donde las figuras comprometidas son apartadas. Evagrio es desalojado de allí; de los siete apotegmas a su nombre, sólo el último es propiamente un apotegma. Los demás son textos literarios, mientras que son auténticamente evagrianos los piezas Arsenio 5 y Euprepio 7. Evagrio 7 no es hostil al monje extranjero e intelectual, sino un tributo a su humildad, como Euprepio 7. Resulta que al desalojar al "origenismo" se ha desterrado la doctrina de los Apotegmas. En todo caso, no eran sus partidarios una minoría; había por entonces en Nitria unos 5000 monjes, 600 en Kellia, y al ser perseguidos por Teófilo, los Hermanos Largos se fueron a Palestina acompañados por 300 monjes, y los demás se dispersaron por diferentes lugares. La mayoría de los habitantes de Kellia debían ser ori-

genistas. "Todas estas consideraciones nos parecen permitir la conclusión que la fisonomía espiritual del monacato de Kellia y Escete debió ser, no solo infinitamente más variada que lo que permiten imaginar los Apotegmas, sino también más evagriana.." (p. 356). En ese medio nació la oración *monologistós*, de gran difusión entre los coptos, antes de pasar al mundo bizantino. Se podría objetar que el Evagrio retratado aquí es el autor de obras ascéticas, falta el de las especulaciones cosmológicas. Pero las *Kephalaia gnostika* no ofrecen la clave de su pensamiento; son apenas una tentativa para relacionar la *praktiké* y la *theologia*.

Wipzycka, Eva: "*Le degré d'alphabétisation en Egypte bizantine*". *Revue des Etudes Agustinienes* 30 (1984), 279-296.

Los numerosos testimonios de la actividad notarial y la correspondencia conservados, permiten conocer algo del nivel de alfabetización en el Egipto bizantino.

El artículo, ofrece un apasionante cuadro de las condiciones reales en esa época, en la sociedad civil, en la Iglesia y entre los monjes. Sus conclusiones equilibradas y prudentes, permiten afirmar que la situación en el siglo V no era peor que antes, aunque muchos no fuesen capaces de escribir en la lengua dominante, el griego, pues conservaban el demótico, o solo pudiesen firmar.

El analfabetismo se da en todas las clases. El clero no era demasiado instruido; los monjes, según una idea generalizada, eran muy ignorantes. Esta afirmación es controvertida por la A. con numerosos ejemplos.

Reproducimos a continuación la traducción castellana de los párrafos dedicados a los monjes, (p. 291-295), extractando las notas.

"... La opinión de que monjes y anacoretas eran más o menos iletrados, se encuentra en un grado de difusión y credibilidad superior a la del analfabetismo del clero. Es preciso decir que, a primera vista, parece mejor fundada.

Aparte de los casos particulares de monjes iletrados (entre ellos personajes célebres, priores de pequeños monasterios, etc.), se basa en las generalizaciones de ciertos autores como Sócrates, el escolástico, quien, relatando el combate de Teófilo contra los Hermanos Largos, asegura que los monjes egipcios son "puros pero desprovistos de cultura y, en su gran mayoría, analfabetos". (Hist. eccl. IV, 7,687-688).

En lo que personalmente me concierne, creo que la realidad está lejos de ser tan simple. El origen social y la esfera de influencia de los grupos ascéticos, testifican que estos contaban, inevitablemente, con iletrados, sobre todo campesinos, los cuales, debido a su edad madura, no estaban posibilitados para aprender a leer. Esta realidad, se enfrentaba, por una parte, con la convicción de que el aprendizaje era necesario, y en otra dirección, por el ambiente mismo; obviamente, la presión ejercida sobre los ignorantes debe haber sido muy fuerte.

En la regla latina de S. Pacomio, los novicios debían guiarse por las siguientes recomendaciones: "Al que ingrese al monasterio sin tener instrucción, se le enseñará primeramente lo que debe observar. Cuando aprendiere esto, se le entregarán veinte Salmos o bien dos Epístolas de los Apóstoles u otro libro de la Escritura. Si fuera analfabeto, a las horas de prima, tercia y sexta irá con él quien pueda instruirle, previamente delegado para ello; el interesado, plenamente agradecido,

pondrá todo de sí en el aprendizaje. Luego, séanle escritos los rudimentos de las sílabas, palabras y nombres, y si no pudiera leer aún, indúzcanle a que lo haga. Jamás permanecerá nadie en el monasterio sin saber leer y retener algo de las Escrituras: por lo menos el Nuevo Testamento y el Salterio". (Praec., 139-140).

Principios semejantes regían al grande y célebre monasterio de Chenute. En los centros importantes como Nitria o los grupos instalados cerca de Alejandría, eran numerosos los adeptos provenientes de medios cultivados, quienes habían llevado al desierto un tipo de piedad alimentada con la lectura de la Escritura y ciertos libros de devoción, de suerte que el analfabetismo no parece haber sido sino un fenómeno marginal.

No obstante, los casos que se presentan, son notablemente puestos de relieve por las descripciones literarias, ricas en extensión al respecto<sup>1</sup>. ¿Hemos de creer que los autores no hacían ninguna restricción? El interés de los hagiógrafos parece inclinarse hacia la ignorancia del héroe, tratando de resaltar este aspecto, con el fin de mostrar a los lectores la vanidad de la cultura del mundo en el que estaban inmersos, y así, descolocar de la escala de valores profana, el lugar primordial que ocupaba el saber leer y escribir.

Para estos piadosos autores, lo esencial, era demostrar que la verdadera sabiduría y la piedad de los pequeños y humildes, superaba la fe de la gente instruida.

El topos del monje iletrado asimilando la Escritura por la gracia divina, aparece a menudo en los relatos. El autor de la *Historia Monachorum*, nos refiere la historia del piadoso asceta Hor, un indocto quien después de dejar el "mundo habitado" (la *chora*) por el desierto, fue de tal manera iluminado por la gracia celestial que supo leer la Escritura. Cierta día, los hermanos le entregaron un libro y Hor lo leyó como si siempre lo hubiera hecho (c. 30). Pero, en realidad, los monjes deben haber leído verdaderamente la Biblia...

Por otra parte, los mismos autores, muestran la importancia que otorgaba el monacato a la lectura y meditación de los textos; nos hablan también, de los libros conservados en las ermitas<sup>2</sup>. En efecto, los Apotegmas revelan el motivo de la condena por la posesión de libros, (los libros, afirman, son una riqueza que pertenece a las viudas y a los huérfanos, el verdadero monje debe venderlos y distribuir la suma obtenida entre los pobres<sup>3</sup>), mas este motivo no refleja una postura universalmente admitida. Recordemos la Regla de Pacomio: los monjes necesitan libros para la lectura individual, por tanto, el monasterio ha de albergar una biblioteca.<sup>4</sup>

Se sabe, además, por las mismas fuentes, que algunos monjes se ganaban la

---

1. Hist. monach. in Aegyptio, 31,5.

Paladio, Hist. Laus., 47.

Sócrates, Hist. eccl., 4, 23.

Sobre el analfabetismo de los monjes ver: A.J. Festugiere: *Les Moines d'Orient*, I, Paris, 1961, p. 23, 25, 78... etc.

2. Apotegmas, colección alfabética, Ammoe, 5; Epiphánios de Chipre, 8; Euprepios, 7; Sopratos; además *Commonitiones sanctorum patrum*, ed. J.G. Freire, 17 (176).

3. Teodoro de Ferme, 1; Serapion 2.

4. Praec., 100.

vida transcribiendo libros<sup>5</sup>. (Evagrio Póntico estaba entre ellos). Vale la pena poner de relieve un pasaje de Paladio en la Historia Lausíaca, cap. 13, refiriéndose a un tal Apolonio. Este monje había sido en otro tiempo mercader; al poco tiempo de renunciar al mundo se le asignó para que continuara su oficio, (servía de intermediario entre los ascetas y los comerciantes), ya que a su avanzada edad no le era factible aprender una *tekné* (labor artesanal), ni la *askesis graphike*.

Comprobamos, pues, que el transcribir libros para ganar la vida era una ocupación frecuente entre los monjes.

El acento que los grandes centros monásticos ponían sobre el aprendizaje de la lectura está tan sólidamente documentado que no podemos negarlo. Así y todo, es lógico pensar que la situación en los pequeños grupos alejados de la población debe haber sido menos positiva (no nos desprendemos de la idea, bien afirmada en nuestro espíritu, que se trata de los efectos que tuvo la crisis del mundo antiguo).

Ahora bien, el análisis de los textos coptos descubiertos en el primitivo emplazamiento de los monasterios o en sus alrededores, nos presentan una realidad exactamente inversa. Desde este punto de vista, el conjunto de textos provenientes de los pequeños monasterios vecinos a Tebas, son sumamente interesantes.

Uno de ellos, se remonta al s. VII, a la reducida comunidad que fue fundada por Epiphanius, y se albergaba en antiguas tumbas excavadas en la roca, cerca del templo de Hatshepsout en Deir el Bahari. Los manuscritos detallando menudos asuntos cotidianos, las notas relativas a libros prestados o copiados, los inventarios de objetos, las cuentas de los gastos, los grafitos... todo en definitiva, demuestra que por lo común, los monjes no sólo sabían leer, sino también escribir.

El caso de este monasterio no es excepcional. No muy lejos del mismo, en Gournah —donde vivían algunos monjes— se descubrieron alrededor de 1.600 ostrakas “escolares” conteniendo el alfabeto, ejercicios epistolares, etc.: vestigios de la enseñanza impartida a los hermanos.

En la misma zona, al borde del desierto, las ermitas desenterradas de Esneh-Latópolis, poseen los muros cubiertos de inscripciones: textos de oraciones, listas con nombres de santos, etc. Esto se repite en los muros de otros monasterios por ejemplo en Baouit, Kellia. Se puede aseverar que constituían un elemento normal en la decoración de los monasterios.

El fin que perseguían estas inscripciones en las celdas de los monjes, era sin duda, el mismo que indica Orsisi en sus enseñanzas: “Tomemos a pecho el leer y aprender las Escrituras y meditarlas sin cesar /.../. Las palabras que hoy te digo, las grabarás en tu corazón y en tu alma, las enseñarás a tus hijos y se las repetirás, sentado en tu casa o si vas de camino, acostado y levantado. Las escribirás en tu mano como un signo y permanecerán siempre delante de tus ojos. Las pondrás sobre las vigas y puertas de tu casa: para que mantengas el temor del Señor todos los días de tu vida”. (Liber Orsiesi, c. 51).

No sabemos quien realizaba estas inscripciones; algunas delatan por su forma, la mano de un artesano, (¿monje o venido del mundo?), otras revelan trazos menos hábiles. Supuesto el caso que los monjes llamasen a gente de afuera para decorar sus

---

5. Hist. Laus., 38, Apotegmas: Silvano (526).

celdas, la sola iniciativa, expresaría una preferencia en los medios monásticos, y, de hecho, que los monjes sabían leer.

Sobre el particular, no podemos dejar de mencionar la vida de Pisenhios de Hermonthis (contemporáneo de Pisenhios de Koptos, pero más joven —primera mitad del siglo VII—).

Consagrado a la vida monástica ya antes de nacer, fue llevado durante su infancia a un pequeño monasterio de Taud, y puesto bajo la guarda del prior, que era su tío. Aprendió el Antiguo y Nuevo Testamentos, el arte de hacer libros y escribir, fabricar abanicos coloreados, los oficios de carpintero y albañil. Después, fue elegido prior y más tarde obispo.

Su Vida, un tanto estereotipada —lo que la hace más interesante para nosotros—, nos da pie para confirmar que la transcripción y encuadernación de libros, eran parte de las ocupaciones normales de un monje celoso. Numerosas cartas referentes a la transcripción de libros en el monasterio de Epiphanius (entre las publicadas por W. E. Crum) y muchas otras, procedentes de otros pequeños monasterios, acrecientan la validez de este testimonio...” (sigue el artículo).

*Traducción castellana del  
Hno. Guillermo Castillo*